

G. A. MARTÍNEZ ZUVIRÍA

FANTASÍAS
Y LEYENDAS

1ª SERIE

CON UNA CARTA DE D. JOSÉ M. DE PEREDA

1903

· FANTASÍAS

Y LEYENDAS

Est. Gráfico LA ITALIA — 9 de Julio 22 a 26, Córdoba.

C. A. MARTÍNEZ ZUVIRÍA

FANTASÍAS
Y LEYENDAS

1ª SERIE

CON UNA CARTA DE D. JOSÉ M. DE PEREDA

1903

UNIVERSIDAD
DE ALICANTE

DE D. JOSÉ M. DE PEREDA

Rindiendo justo homenaje al príncipe de los novelistas españoles contemporáneos, D. José M. de Pereda, *ingenio de la familia de Cervantes*, como lo llama Menéndez Pelayo, inserto en las primeras páginas de este folleto, una carta del eximio escritor santanderino, cuya opinión acerca de uno de los cuentos de la presente serie vá á la par de las de otros grandes literatos, publicadas en ocasión oportuna.

Santander, Febrero 3 de 1903.

Sr. D. Gustavo A. Martínez

Santa Fé.

Muy distinguido Sr. mío: no ha correspondido, seguramente, la tardanza con que respondo á su grata carta del 7 de Noviembre ppdo., al gusto con que me enteré de ella y de los dos folletos que la acompañaban;

pero el diablo que no huelga, se complace muy á menudo en arreglar las cosas de ese modo. Con la mejor de las intenciones de escribir á V. sin retraso, le he dado motivos para que, juzgando por las apariencias de mi conducta, sospeche todo lo contrario. Pido á V. mil perdones por la involuntaria falta.

Me parecen muy atinadas y juiciosas las observaciones que á V. se le ocurren á propósito de «El Naturalismo de Zola» (1); bien elegidos los fundamentos en que las apoya, y expuestos con la sobriedad y sencillez que pide el destino de tan excelente trabajo. — No me extraña la iracundia con que, á pesar de ello, ha sido atacado, porque de la calidad de las muestras del ataque, que V. ofrece en su defensa, se deduce bien á las claras de qué pié cojea el enemigo y qué fines le llevan al combate. El pecado de V. consiste en los derroteros ortodoxos que sigue; y para culpas de ese linaje sabido es que no hay indulgencia entre los *sabios* del

(1) *El Naturalismo y Zola* — (Su influencia social y literaria) del mismo autor.

intelectualismo al uso. Por eso creo que no ha hecho V. bien en tomar las cosas tan á pecho como las ha tomado.

Siga V. adelante por el sendero elegido, con pié firme y ánimo resuelto, y deje á los perros que ladren á la luna.

Harto más curioso y más extraño es lo que le ha pasado con motivo de la publicación de su interesante cuadro literario, *Los dos grumetes*. Yo le confieso á V. que no he conocido un caso semejante en toda mi vida, y ya soy viejo. Tacharle á V. de plagiarlo sin presentar las pruebas de ello y pretender que V. mismo las presente, pasa con mucho en la raya de lo creíble, y toca en lo candoroso y hasta en lo ridículo.

Acudiendo ahora al juicio á que V. me llama, á fe de hombre de conciencia, declaro que no conozco el original de donde se supone *copiado ó tomado* siquiera, el cuento «*Los dos grumetes*», y lo propio afirmo en lo tocante á «*El tigre de Bengala*».

Reciba V. un cordial aplauso por el buen empleo que sabe dar á sus talentos

de publicista, y vea en que puede complacerle ó servirle de algo su afmo. y S. S. q. b. s. m.

J. M. DE PEREDA.



FANTASÍAS

Y LEYENDAS

LA SOMBRA DEL INDIO



I

LA SOMBRA DEL INDIO

Sentado sobre el tronco de un árbol seco, con el fusil entre las manos, hacía la guardia del campamento mientras mis compañeros dormían.

En medio de un bosque virgen de planta civilizada, en el silencio de la noche en que el más leve rumor, el apagado zumbido de un insecto, el crujido de una rama que se quiebra, llegaba á mis oídos distintamente; con la mirada fija en las juguetonas llamas de la hoguera, mi imaginación vagaba suelta por los misteriosos campos de los sueños.

La hoguera tomaba ante mi vista colosales proporciones; abarcaba el bosque entero y á su paso los gigantes de la selva crujían derrumbándose con lastimero estrépito.

Mil espectros nacidos en las llamas giraban á mi alrededor en fatídica danza. El incendio era cada vez mayor; se acercaba al campamento; sentía ya su aliento abrasador sobre mi rostro, pero yo inmóvil y mudo no daba el grito de alarma para despertar á mis dormidos compañeros.

Era una noche de sueños y fantasmas, y las fantasmas y los sueños, danzando en rededor mío, que embriagaban en su incesante girar.....

El crujido de una rama que se quebró cerca del sitio en que me hallaba, sacóme de mi alucinación.

Maquinalmente oprimí el fusil, volví la cara y mi vista se hundió en la obscuridad, pero mis ojos deslumbrados por las llamas, no pudieron distinguir más que un bulto que se acercaba.

Iba á dar el ¡alto! cuando oí la voz del guía que me hablaba en su pintoresco lenguaje indio:

— Soy yo, señor, no te muevas.

El relámpago de una sospecha cruzó por mi mente; me levanté de un salto, y poniéndole una mano sobre el hombro le dije casi al oído:

— ¿Qué haces?

— Velo, señor, cuido de tí y de tus compañeros.

— No te corresponde la guardia — respondí — vete á dormir.

— Yo siempre velo, señor, el sueño no adormece mi espíritu, y mi alma está despierta cuando la tuya y la de tus compañeros descansan en el mundo de los sueños. Tipor nó duerme nunca, nunca. ¿Tienes sueño? Anda á dormir mientras Tipor hace la guardia.

— No tengo sueño — respondí — receloso del indio.

— ¿No tienes sueño? ¿Ha venido algún fantasma á ahuyentarlo de tus ojos? ¿Has visto acaso la sombra de Torco? Porque entonces ¡hay de tí! no volverás á cerrarlos.

— Nada he visto Tipor, ¿has visto algo tú?

— Cuando mi espíritu se detiene sobre la

tierra manchada de sangre, la sombra de los muertos me rodea, y mis oídos escuchan los gritos de las víctimas que piden venganza.

Yo he visto la sombra de Torco y no dormiré ya nunca, nunca. Anda y duerme tú mientras el indio vela.

Las misteriosas palabras del gufa despertaron mi curiosidad. Comprendí que en ellas aludía á alguna leyenda, y protestando que no tenía sueño, le rogué que me contara quién era Torco.

— Torco! Torco! — respondió el indio — Siéntate, señor, y hablaré.

Era yo muy niño cuando la madre de mi madre me contó lo que tú vas á escuchar.

No muy lejos de aquí, detrás del monte, se alzan los horcones de una choza india: es la *choza maldita*.

Hace años, muchos años, cuando ni tú ni yo estábamos en el mundo, vivía en ella el indio Torco.

El corazón de Torco no latía más que por dos seres: su padre y su esposa.

Su padre era para él un Dios, y como á

tal lo veneraba. Amaba á su esposa como sólo un indio puede amar.

Pero en el pecho de Torco había encendida otra hoguera inmensa, devoradora, que día á día iba consumiendo su alma: ardía en élla el espantoso infierno de los celos.

Su esposa y él vivían en la choza, cuyas ruinas se ven aún, y en otra algo distante moraba su padre con uno de sus hijos.

Torco era cazador y á menudo pasaba el día entero en los bosques.

Una noche volvía á su hogar cansado de luchar con las fieras y la maraña de la selva.

Una nube negra como el alma del traidor, cubría la luna y la tierra, envuelta en las sombras parecía muerta.

Torco avanzaba ligero hacia su choza; su corazón palpitaba con fuerza: quería avisarle que la desgracia iría á enlutar su alma.

Al pasar frente á la choza, vió una sombra que se deslizaba rozando las paredes.

Una llamarada de celos ardió en el pecho de Torco; la ira cubrió de sangre sus ojos;

tendió su arco y la flecha silbando fué á undirse en el pecho del fantasma.

Resonó un grito que heló la sangre en las venas del indio, y una voz que devolvieron los ecos dormidos del bosque, exclamó:

— Mal hijo: yo cuidaba de tu hogar y tú me has muerto ¡maldito seas!

Despavorido el indio corrió hacia la choza.

Un rayo de luna deslizándose por la desgarradura de la nube, dió en el rostro de la víctima inocente.

Torco había muerto á su padre y su padre le maldecía. Y esta maldición como la hoja de un puñal, llevó la muerte al corazón de Torco.

Desde entonces la sombra del indio vaga alrededor de la choza condenada á ser su eterno guardián.

— ¿Tú la has visto? — pregunté á Tipor.

— Sí, yo la he visto. Un día que pasaba por este lugar, el espíritu del mal sopló sobre mí arrastrándome hacia los horcones de la arruinada choza, y allí ví la sombra del indio y oí sus voces lastimeras que decían:

— «¡Mal hijo! asesino de tu padre; maldito seas!» Y desde entonces el sueño no ha vuelto á cerrar mis ojos: Tipor no duerme nunca, nunca.....

El alba clareaba ya; era hora de partir; conmovido por la fantástica leyenda, permanecí inmóvil mientras el indio despertaba á mis compañeros.



LOS DOS GRUMETES



II

LOS DOS GRUMETES

I

¿Cómo se llamaba? En realidad no lo sé. Yo no le conocí más nombre que el de *tío Trinquete*, que le daban en todo el pueblo.

Era un viejo, que, apesar de la docena de lustros que llevaba encima, se resistía á doblegarse bajo la pesada mano del tiempo irguiéndose en su talla gigantesca, á la cual debía el apodo que llevaba.

Se decía que antaño había sido soldado, contrabandista y hasta pirata, y que cansado de su azarosa existencia se había vuelto á su pueblo.

Es lo cierto que el *tío Trinquete* debía de ser hombre muy corrido, pues siempre estaba dispuesto á referir cuantas historias se le pidieran, siendo de ellas cuando menos testigo ocular.

Talvez á su bien surtido repertorio debía la popularidad de que gozaba entre los chiquillos, que gustosos dejaban de apedrear los perros de la vecindad por ir á escucharle.

Yo era siempre del corro, y en mi imaginación infantil transformaba al *tío Trinquete* en un héroe fabuloso; sus cuentos eran para mí la historia de su vida, y al escucharle veía aparecer ante mi vista un escenario nuevo en un mundo distinto.

— ¡Que viene el *tío Trinquete*! — gritaba la infantil caterva en cuanto divisaba la silueta del viejo.

Todos le rodeábamos, y entre agasajos le acompañábamos á su lugar favorito, al pié de un añosotilo, en donde tomaba asiento, y concluíamos por pedirle que nos contara un cuento.

— Ah, picarones ¿un cuento?

— Sí, sí, *tío Trinquete* — gritábamos todos.

— Pues mirad, hijos míos, que pedis mucho, ya os he contado todos los que sabía.

— No, no, *tío Trinquete*, usted sabe muchos, muchos que nunca se acaban -- decíamos creyéndolo tal.

— Bien, hijos, pero ahora, ya lo véis, no puedo.

— No, no -- protestábamos en coro -- ¡cuéntenos un cuento!

— ¡Un cuento! ¡un cuento! Vamos, pero ¿sereis juiciosos?

— Si, sí, *tío Trinquete*.

— Bien, escuchad, y no me interrumpais. Y acomodándonos cada cual lo mejor que podíamos, y abriendo tamaños ojos y bocas escuchábamos atentos al *tío Trinquete*.

II

Hace más de veinte años que sucedió lo que os voy á contar.

Era yo segundo á bordo de «El Azor» un magnífico barco, que, á pesar de no tener más que sus velas, se las daba al más pintado. El capitán . . . el capitán, vamos ¡pícaro

nombre! el capitán... maldito! un inglés con patillas rubias... ¿cómo se llamaba? ah! ya, Dick Varless, era lo que se llama un lobo de mar, pero un verdadero lobo tan desalmado como los de nuestros bosques, aunque bravo como un tigre.

Nadie podía jactarse de conocer su vida: ¿quién había sido antes de ser capitán de «El Azor»? se ignoraba. Se decía que el buque no era suyo, sino que á la muerte del dueño, su hermano Dick Varless quedó de tutor de un sobrino á quien pertenecía el barco.

¿Era ó no cierto? nadie lo sabía; ello es que estando una vez en Liverpool, se nos presentó con un muchacho á quien llamaba Doro ó Eudoro. El tal chico era una perla: aunque inglés sus ojos eran negros y sus cabellos castaños. Al principio no hacía más que llorar, pero poco á poco fuése acostumbrando á la vida de á bordo, consolándose con las caricias que le prodigaba la tripulación, y sobre todo con las del hijo del capitán, porque Dick Varless, á pesar de ser tan malo, tenía un hijo rubio y hermoso como un ángel, que se llamaba Dick como

su padre, y de la misma edad que Doro. El único sentimiento bueno que se le conocía al capitán era el cariño que profesaba á Dick, y aunque no lo demostraba mucho, bien se veía que se hubiera dejado matar cien veces por él.

Pronto los dos chicos se hicieron amigos: Dick, no obstante haberse criado en el barco, era menos fuerte aunque más ágil que Doro, el cual, bajo la dirección de los viejos marinos, se volvió un verdadero grumete, pasándose ambos lo más del día en la arboladura.

Esto hizo que los muchachos á la edad de trece años fuesen tan crecidos y fuertes como si tuvieran dieciseis.

Aunque el capitán dejaba á su hijo que se divertiera con Doro, se veía que para éste no abrigaba buenos sentimientos, y á menudo le reñía y castigaba por las menores faltas, no obstante la inútil intervención de Dick, pues al desalmado capitán le dolía la compasión de su hijo hacia el pobre muchacho.

Por lo demás, aparte de los malos tratamientos que recibía, Doro era feliz con el

cariño de Dick, y ambos formaban el encanto de la tripulación que los quería y acariciaba como para suplir la falta de las caricias de sus padres.

Nuestro buque era mercante, y por las necesidades de su comercio viajaba á menudo en los mares de la Oceanía.

Seis días antes habíamos partido de Sydney para Aucklan.

—Oiga, *tío Trinquete*—interrumpió uno de los chicos cuyos conocimientos geográficos no eran muy grandes—¿dónde están Aucklan y Sydney?

—Chitón—respondió el viejo—he dicho que no me interrumpais.

Hacía, pues, seis días que estábamos en el mar: Aucklan no debía de estar lejos, cuando una de esas tempestades propias del mar Indico, estalló sobre nuestro navío, que, juguete de las olas, ya se levantaba perdiéndose sus palos en las nubes, ó ya descendía á los abismos amenazando rozar con su quilla alguno de esos terribles escollos de los mares oceánicos.

El viento era S. O. y nos arrastraba hacia las costas zelandesas, donde nos

estrellaríamos perdiéndonos irremisiblemente.

Nuestro barco, aunque bien construido, cruja al embate de las olas, que barrían la cubierta asaltándole por la popa; era necesario correr ante el huracán procurando doblar el cabo Norte, pues el viento nos había hecho perder la ruta. Las olas cada vez más impetuosas corrían detrás del barco, que á cada golpe de mar se balanceaba horriblemente, amenazando sepultarse bajo su peso.

El capitán Dick Varless, viéndose impotente para luchar con los elementos desencadenados, comprendió que no había otro recurso que huir delante del huracán, y mandó largar las velas.

•El Azor» arrastrado por el viento corría tanto como las olas, buscando en la huída su salvación, que si lograba evitar la tierra era casi segura.

De repente oyóse un prolongado silbido; una vela se había desprendido de las relingas.

El capitán se estremeció: disminuyendo la velocidad del navío hacía peligrosísima

su situación. Las olas correrían más que él, le alcanzarían fácilmente y se perdería ya hundiéndose bajo su peso, ya abriéndose su casco á sus embates.

Dick Varless vió la inminencia del peligro, y comprendiendo que de la rapidez de la maniobra dependía la salvación de todos, iba á ordenar que amarraran la vela. ¿Más quién se atrevería á trepar la punta del trinquete para asegurarla? Vaciló un instante, pero se le ocurrió un pensamiento diabólico — Doro! — gritó dominando con su bocina el fragor de las olas — amarra la vela! Un grito de dolor se escapó del pecho de Dick, que vió á su amigo obediente trepar como un gato por los obenques. «El Azor» se balanceaba horribilmente y era casi imposible que el muchacho pudiera efectuar la maniobra.

Un instante de angustia sucedió á la orden del capitán, y mientras tanto el grumete subía aferrándose con desesperación á la escala. Mientras más subía más peligrosa era su situación: á cada tumbo del navío los palos describían enormes círculos en los aires, más anchos cuantos más altos eran.

A la luz de los relámpagos podía verse á Doro que avanzaba lentamente: por fin llegó, cogió la escota y abrazándose al palo empezó á hacer desesperados esfuerzos para coger la vela, que hinchada por el viento daba fuertes sacudidas. Todos contemplábamos ansiosos la escena; era indudable que las fuerzas del muchacho no lograrían vencer las del viento: Dick Varless lo comprendió, talvez un sentimiento compasivo brotó de su corazón, y dió orden á un gaviero que subiera á ayudarle. En ese momento un grito de horror se escapó de todos los pechos: un golpe de mar había tumbado al buque, y Doro, no pudiendo resistir á la brusca sacudida fué lanzado al agua.

—¡Socorro, Dick, socorro! —gritó el infeliz muchacho.

Dick oyó su grito y desesperado lanzó un alarido de espanto.

—¡Doro! ¡Doro! —exclamó— y sin esperar ayuda saltó la borda hundiéndose en las turbulentas olas.

El capitán lanzó un rugido de dolor y una blasfemia: las aguas se tragaban á su hijo.....

III

Algunos días después «El Azor» fondeaba en Aucklan: yo era su capitán: Dick Varless, el lobo de mar, se había vuelto loco, siendo entregado á las autoridades inglesas.

Al mismo tiempo corría la noticia de que al norte de Nueva Zelanda habían sido encontrados en la playa, arrojados por las olas, los cuerpos de dos muchachos estrechamente abrazados: eran Dick y Doró...

El *tlo Trinquete* calló, pero su voz quedó vibrando aún en nuestros oídos, y su cuento grabado en mi memoria.



EL HIJO DEL CAPITÁN



III

EL HIJO DEL CAPITÁN

Era á principio del siglo XIX en una hermosa tarde del mes de Abril.

El sol se hundía en el ocaso, y después de un sofocante día de calor se anunciaba una espléndida noche.

El mar hervía risado por una suave brisa del S. E. y al ser herido por los postreros rayos del sol poniente semejaba una lámina inmensa de plata labrada.

Hubiera estado completamente desierto si en aquel instante no lo cruzara un hermoso bergantín goleta de dos gavia que á velas desplegadas huía de los peligrosos

archipiélagos griegos en busca de las verdes costas de Sicilia.

Sus estrechas bandas, su fina y levantada proa y su airosa arboladura, mostraban en él un velero de primera clase, que con buen viento y desplegado todo su velamen, podía hacer cómodamente sus once nudos por hora.

En su cuadro de popa leíase en doradas letras un nombre, «El Palermo». Era, pues, un navío siciliano, al menos su dueño lo era.

Y en efecto, el capitán Giovanni Raffadali había nacido en Catania una de las más bellas é importantes ciudades sicilianas.

Desde muy joven siguió la noble cuanto arriesgada carrera del marino, y era á la sazón un hombre de cuarenta años en el apogeo de su rubustez y sus fuerzas.

«El Palermo», de que era capitán le pertenecía en propiedad, y gracias á él y á un activo comercio que mantenía personalmente con las costas del Levante, había logrado reunir las riquezas suficientes para comprar una hermosa quinta á orillas del mar que tanto amaba, en la que vivía su

esposa y en la que había vivido hasta los doce años su único hijo.

Llamábase Enrique, y era un hermoso muchacho de oscuros ojos y negros cabellos y de tez un tanto bronceada, como conviene á un hijo de Catania.

Amaba el mar como su mismo padre; lo amaba y lo temía sin conocerlo, porque Enrique á pesar de sus doce años jamás había pisado el puente de un barco en alta mar.

Su padre bravo marino quería hacer de su hijo un digno sucesor suyo, pero esperaba que el muchacho cumpliera sus doce años, para darle el bautismo de agua salada, y hacerle admirar por primera vez las sublimes grandezas de aquel padre común de los habitantes de las costas.

Mientras tanto Enrique podía jugar con la barca de un viejo pescador, amigo de sus padres, eso sí en tierra firme; y una que otra vez salir en ella, cuando el tiempo estaba muy hermoso y seguro, á dar un paseito por la costa.

— Mira, muchacho — solía decirle el viejo pescador sentado á popa con la caña del

timón en la mano — empuña los remos y ayuda un poco al viento; no es bueno dejarlo que trabaje solo.

Y Enrique empuñaba los remos y sudaba haciendo esfuerzos por ayudar al viento, siendo así que sólo conseguía desarrollar sus fuerzas en el rudo aprendizaje del marino.

Aquellos pascos, si bien agradaban al muchacho, no eran suficientes para saciar su ansia de viajar á bordo. ¡Qué no hubiera dado por cumplir cuanto antes los doce años, para largarse al mar á bordo del bergantín-goleta de su padre!

Este era su sueño dorado, y cuando su cabeza reposaba en la almohada, y su espíritu vagaba en lejanos países, sólo veía barcos, islas y mares infinitos y hasta piratas con quienes combatía y á quienes, por supuesto, vencía.

Porque en aquellos tiempos de incesantes guerras, el corso era un negocio que explotaban en competencia los piratas griegos, turcos y argelinos, de que estaban infestados los mares.

El comercio con los puertos del Levante

se hacía muy difícil y peligroso por esta causa, y rara vez un buque cruzaba el Mediterráneo sin recibir la incómoda visita de los piratas.

Llegó por fin el día en que Enrique cumplió doce años. Seguro de que su padre, á la sazón en viaje, no le iba á engañar corrió al puerto á ver si había llegado «El Palermo».

Si, allí estaba balancéandose sobre las olas, anclado desde la víspera; el capitán Raffadali venía expresamente á cumplir la promesa hecha á su hijo. Este vió desde el muelle los preparativos de desembarque; un bote se desprendió de la banda de estribor y á poco el muchacho caía en brazos de su padre.

— Amiguito — díjole éste — con que hoy te embarcas ¿eh?

El niño no podía responder; aquello era demasiado hermoso para ser creído ¡embarcarse! ¡su sueño dorado! Hacía tiempo que aguardaba ese dichoso instante, y ahora que llegaba apenas podía creer que no fuera un sueño.

Al día siguiente, después de haberse

despedido de su madre que se quedaba en tierra rogando por su esposo y por su hijo, Enrique desde el barco, sintió el áspero chirrido de la cadena del ancla al sentirse arrastrada por el cabrestante, y el sordo crugir de la lona al impulso del viento, y á poco el estremecimiento de las maderas del bergantín que se ponía en marcha.

¡Oh, el mar!

¡Con qué alegría saludó el muchacho por primera vez desde alta mar las costas de su patria que se perdían en lontananza! ¡Con qué fruición hundió sus miradas en aquel vastísimo horizonte!

Cielo y agua por doquiera, sólo á lo lejos, muy lejos divisaba alguna vela blanca, que le parecía á veces las inmensas alas de un pájaro monstruoso. De pronto en medio de sus pensamientos asaltóle un recuerdo y se estremeció al mirar aquellos buques lejanos.

A su lado estaba el contramaestre; el niño se dirigió á él.

—¿No hay piratas?— preguntóle en voz baja como temeroso de que fueran á creer que tenía miedo.

El marino sonrió.

— ¡Bah, los piratas! ¡El Palermo se ríe de ellos! Ven acá, hijo mío y juzga tú mismo.

Y le condujo al interior del buque.

Allí, por cada banda asomaban sus negras bocas tres cañones.

— ¿Qué te parece? — le preguntó.

El niño abrió los ojos como sorprendido y dijo.

— ¿No es pirata mi padre?

— ¡Bah! — exclamó el contramaestre soltando una estruendosa carcajada, y añadió bajando la voz — tu padre . . . no tiene arboladura para tanto, y sin embargo el buque puede ser un buen corsario... ¿sabes tú lo que es eso? casi nada, un buque pirata; con su andar, sus seis cañones y unos cuantos hombres decididos, ya podría largar trapo cualquier navío á la vista. Si tu padre quisiera, el Mediterráneo sería suyo.

Enrique cerró los ojos; creyó que el contramaestre se burlaba de él.

— Vamos, chico, no te asustes — díjole el marino palmeándolo — eso no es nada, cuando veas al mar de fiesta y á •El Pa-

lermo» bailando sobre las olas como una cáscara de nuez, entonces sí podrás cerrar los ojos.

— ¡Yo no tengo miedo al mar! — exclamó Enrique avergonzado de que eso fueran á creer.

— Así me gusta, ni al mar, ni á los piratas.

— Ni á los piratas, repitió Enrique.

El marinero reía con una risa áspera y dura, como el crugir de herrajes enmohecidos; parecía decir — ¡Ya lo veremos!

Esa noche Enrique preguntó á su padre:

— ¿Cómo se llama el contramaestre?

— Volpi ¿por qué, hijo mío?

— Quería saberlo, no más ¿es buen marino? ¿de dónde es?

— Es de Palermo, excelente marino, aunque un poco áspero.

— ¡Ah, sí! pero ¿no es pirata? — preguntó inocentemente el muchacho.

— ¡Oh nó! — exclamó el capitán — no, hijo mío, no es pirata — y añadió para sí — aunque después de todo no le iría mal en el oficio; tiene un aire de corsario ¡bah! — prorrumpió alegremente — ¡son locuras! ¡qué ha de ser!

Poco después «El Palermo» llegaba á los puertos del Levante; allí estuvo anclado ó recorriéndolos unos dos meses, que el capitán Raffadali empleó en aumentar sus ganancias. Sea que se condujere con más habilidad que nunca, sea que su crédito de buen mercader hubiera crecido, es lo cierto que las ganancias que realizó en aquel viaje fueron cinco veces mayores que las que hiciera en ningún otro. La bodega de «El Palermo» venía repleta de productos de la industria oriental, sederías, tapices, esencias y mil géneros diversos que hallaban amplia salida en los mercados europeos. Además los cequíes abundaban en las arcas del afortunado capitán.

Aquel barco hubiera sido una presa magnífica para los piratas, pero, como decía el contraemaestre «El Palermo» se reía de ellos por la negra boca de sus seis cañones.

A la tarde en que presentamos nuestro barco cruzando á velas desplegadas las azules ondas del Mediterráneo, había sucedido una hermosa noche endulzada por una suave brisa que traía en sus alas el fresco de las nieves del Cáucaso.

La luna no debía salir hasta muy tarde; el mar estaba completamente desierto, al menos en lo que alcanzaba la vista poderosa de un marino; la oscuridad hubiera sido densa en el puente, si no brillaran en él las luces de posición del bergantín.

Sería la media noche; el capitán dormía con Enrique en la cámara; el muchacho sofocado por el calor que reinaba en ella y ansiando respirar la fresca brisa que en aquel momento hinchaba las velas del buque, subió á cubierta. Allí la oscuridad era completa; las luces de posición se habían apagado; el silencio era así mismo profundo; sólo se oía el chapoteo de las olas que batían los costados del buque.

No dejaron de extrañar á Enrique estos detalles; sabía por su padre que un barco en alta mar jamás debe apagar sus luces de posición.

Un tanto intranquilo disponíase á recorrer la popa, cuando oyó un débil silbido y el crugir de una escotilla que se abría. Iba á retroceder para entrar en la cámara, pero interceptóle el camino un hombre cuya silueta se dibujaba borrosamente en la oscu-

rida; sus piés desnudos casi no hacían ruido; Enrique apenas tuvo tiempo de ocultarse detrás de un rollo de cables, con el que la sombra tropezó estando á punto de caer.

— ¡Diablo! — gruñó — casi, casi me voy á pique, y todo por causa de este bárbaro de Jorge que no echó el rollo á la sentina.

El muchacho estuvo á punto de dar un grito; por el modo de gruñir y la elevada estatura del marino, había conocido al contra maestre. Sus desconfianzas hacia Volpi se iban aumentando.

El contra maestre se acercó á la rueda del timón; junto á ella estaba un hombre; Volpi lo habló; el timonel dió media vuelta á la rueda y el barco ciñendo al viento se inclinó sobre el costado de babor; pero casi inmediatamente se enderezó con un débil barquinazo.

Era sin duda una señal convenida, porque instantáneamente subieron dos ó tres hombres á cubierta, reuniéndose con el timonel y el contra maestre.

— ¿Estais prontos? — preguntó éste á los recién llegados.

— Sí — respondió uno de ellos con un fuerte acento turco que no se escapó al oído aguzado de Enrique. El muchacho no recordaba que ningún marinero de á bordo tuviera ese acento.

— ¿Y Ben-Hissar? — preguntó de nuevo el contraмаestre.

— En su puesto, junto á la puerta del camarote de proa — respondió la misma voz.

— ¿Y Sphakia?

— Presente — dijo otra voz y se adelantó un hombre.

Todos hablaban en italiano, pero con un fuerte acento turco. Enrique buscó en su memoria los nombres que había pronunciado el contraмаestre; estaba cierto de que los oía por primera vez; eran, pues, hombres extraños á bordo, pero ¿cómo habían entrado? ¡misterio! Quizás — pensaba el muchacho — entre los fardos de la carga, y habían permanecido ocultos hasta entonces en la sentina. Esta no era una maniobra difícil estando en connivencia con el contraмаestre. Entonces recordó el muchacho el crujido de la escotilla que oyera al principio, y cayó en la cuenta de que había sido

una de las trampillas de la sentina; en ella, pues, habían estado escondidos. Pero Enrique no tenía tiempo de reflexionar; los hombres hablaban nuevamente y no quería perder ninguna de sus palabras.

— ¿Y la tripulación? — preguntaba uno.

— No podrá hacer nada — respondió el contramaestre — Ben-Hissar tiene orden de asegurarles la puerta; quedarán encerrados y cuando puedan salir ya será tarde.

— ¿Entonces no queda más que el capitán?

— Nadie más que él y ese rapaz de su hijo; vé y entiéndete con ellos.

— ¿Los mato? — preguntó el turco con toda sangre fría.

— ¡No bárbaro! — exclamó riendo el contramaestre; no hagas eso, que tengo yo una cuenta que arreglar con el capitán; de todas maneras hoy ó mañana la cuerda le sabrá igual.

Y el marino reía con siniestra risa, como el crujir de herrajes enmohecidos.

— ¿Y al muchacho? — preguntó de nuevo el turco.

— A ese sí, mávalo — gruñó el timonel.

— No — ordenó el contraмаestre con voz seca — á ese no, no permito que nadie le toque un pelo ¿eh? ni hoy, ni mañana, ni nunca; sacaremos de él un buen grumete: por otra parte, me recuerda á un hijo mío, que si viviera sería de su edad; anda y haz lo que te digo; poco ruido ¿eh?

El corazón de Enrique palpitaba con fuerza ¿qué hacer? no había, al parecer, más que un recurso: avisar á su padre. ¡Ah! pero ya era tarde: el turco había desaparecido por la escalera de la cámara, y él no podía acercarse á ella, pues, los hombres que estaban en el puente, lo veían y lo harían prisionero.

Aunque con el corazón oprimido, Enrique no estaba asustado y reflexionaba cuerdamente: su padre no estaba en inmediato peligro de muerte, según las órdenes del contraмаestre; por otra parte nada podía hacer él, débil niño, contra las fuerzas reunidas de varios hombres; era preferible obrar por astucia, pero ¿en qué sentido?

El muchacho contaba los instantes que corrían como si fueran siglos, y al mismo tiempo le parecía que los minutos pasaban

con espantosa rapidez; apenas podía contener las palpitaciones de su corazón, que le sonaban como badajazos de campanas.

Un rayo de luz hirió sus ojos; el contra-maestre acababa de encender una mecha; con ella dió fuego á dos linternas; colocó una sobre la bitácora y tomó la otra.

Enrique se estremeció de terror; agazapóse cuanto pudo detrás del rollo de cables para evitar que la luz traidora le descubriera.

— Tarda mucho — oyó que decía el contra-maestre — voy á ver qué pasa, vosotros esperad aquí.

En ese momento se oyó un grito en la cámara de popa y el ruido sordo de un cuerpo que caía al suelo.

— ¡Socorro! ¡socorro! — exclamó alguien.

— Es Ben-Hissar — dijo el contra-maestre — ha perdido la partida; ya el capitán le estará arreglando las cuentas.

Un nuevo grito resonó más ahogado

— ¡Vamos! — ordenó el contra-maestre — venid todos, aún es tiempo.

Volpi seguido de los otros se precipitaron tumultuosamente en la cámara.

Enrique de un salto se plantó en medio del puente.

— ¿Qué hacer? ¡Dios mio! ¿qué hacer!— exclamaba dando vueltas como un león enjaulado. Auxiliar á su padre era imposible ¿qué podía hacer él contra cuatro hombres?

Mientras tanto el ruido crecía y crecía en el camarote de popa.

Un pensamiento sublime iluminó la mente del muchacho.

Cogió la mecha y la linterna que habían quedado junto á la rueda del timón y apoderóse de un hacha que allí habia. En tres saltos llegó á la santa-bárbara y hundiéndola la puerta á hachazos con fuerza que duplicaba su misma desesperación, penetró en ella.

Todo era desorden á bordo; en la cámara de proa el capitán se debatía furiosamente pugnando en vano por desasirse de los brazos de los tres marineros que habían corrido á ayudar á Ben-Hissar, que se hallaba tendido en el suelo, medio ahogado bajo la presión de los férreos dedos de Raffadali. En el camarote de popa se alza-

ba la espantosa gritería de toda una tripulación despertada de improviso por el rumor de la lucha, y que en vano trataba de abrir la puerta sólidamente asegurada por el bandido Sphakia. Y mientras tanto el buque, abandonada la caña del timón, saltaba dando tumbos sobre las hirvientes olas, que comenzaban á agitarse con la brisa cada vez más fresca.

Enrique con el hacha desfondó varios barriles de pólvora y tomando en una mano la mecha encendida y en la otra la linterna que arrojaba un torrente de luz sobre su rostro, exclamó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Volpi, Ben-Hissar, Sphakia, venid, venid todos!

El timonel, que, una vez asegurado el capitán, creyó innecesarios sus servicios en la cámara, corrió á la rueda del timón para enderezar el barco que cabeceaba horriblemente. Al subir á cubierta vió con indecible espanto al hijo del capitán, que con una mecha en la mano estaba pronto á dar fuego á la santa-bárbara.

—¡Ah, maldito! — rugió palideciendo,

y se precipitó en la cámara de popa gritando.

—¡Volpi, Volpi! corred pronto ó hacen volar el buque.

El contraamaestre apareció en el puente sañudo, desgredado, amenazador. Con voz breve dió orden al timonel de enderezar el barco; corrió á la santa-bárbara y al ver la peligrosa actitud del niño, en cuya faz daba de lleno la luz de la linterna, lanzó un rugido y sacando una pistola le apuntó.

—Es inútil — gritó el hijo del capitán — siempre caerá, con mi cuerpo, la mecha sobre el barril, y volará el bergatín con todos los piratas que hay á bordo.

El brazo levantado del contraamaestre cayó inerte.

—Dí, muchacho — exclamó pálido de terror — ¿qué quieres hacer?

—Casi nada — respondió Enrique con aterradora calma — hacer volar el buque.

—No, tú no harás eso, hijo mio — replicó el pirata dulcificando cuanto pudo su temblorosa voz.

—¡Que no! ¡mira! — y el heróico niño bajó la mecha; ya iba á tocar la pólvora . . .

—¡Detente! — exclamó el contramaestre nervioso de coraje y sin atreverse á dar un paso, como un corcel de buena raza que al borde de un precipicio siente las espuelas y no se atreve á dar el salto — ¡detente! ¡un momento! ¡un instante!

Enrique alzó la mecha.

— ¡Habla! — dijo con segura voz.

—Tú también morirás, hijo mio, si haces volar el buque—exclamó el contramaestre tentando un argumento.

—Lo sé, no me importa.

—Morirá tu padre.

—¡Mi padre! ¡no morirá lo mismo en vuestras manos? ¡no teneis una cuenta que arreglar con el?

— ¡Ah! — exclamó el siciliano extreme-ciéndose de ira y de terror—arroja esa mecha, hijo mío, y te daré cuanto pidas.

— Bien; dame primero lo que pida y después la apagarás tú mismo.

— Pide.

— Trae á mi padre al puente.

El contramaestre vaciló, pero al ver la decidida y heroica actitud de aquel pequeño héroe, comprendió que no quedaba

otro recurso y ordenó que trajeran al capitán.

Este se presentó á poco con los brazos ligados.

Al ver la audaz posición de su hijo comprendiólo todo y sólo tuvo un gesto de admiración.

— ¡Bravo, mi Enrique, bravo!

— Y ahora — dijo el contramaestre — apaga la mecha.

— No, tengo algo más que pedir.

— Pide.

— Corta las ligaduras á mi padre y sube al puente toda la tripulación.

— ¡Imposible! — rugió el bandido con ira — perderé lo que he conseguido; perderé, «El Palermo»; perderé el imperio de los mares.

— ¡Pirata! — exclamó con desprecio el niño. — Pues bien, pierde todo eso, ó perderás todo eso con la vida.

El bandido comprendió.

— Sea — dijo con rabia — Sphakia, que suba al puente toda la tripulación.

Algunos instantes después los marineros de «El Palermo» se alineaban sobre cubierta.

— Corta las ligaduras del capitán — ordenó á Ben-Ilissar el contraamaestre.

El capitán quedó libre.

— Y ahora ¿qué haces tú? — preguntó el pirata á Enrique.

— Lo prometido.

Apagó la mecha y se arrojó en los brazos de su padre.

Todo había quedado en silencio. De pronto se oyó la voz del capitán que solemnemente decía:

— Orden de prisión contra todos los que han intentado apoderarse del buque.

Minutos después eran llevados á la sentina, sólidamente amarrados el contraamaestre, el timonel y los tres turcos.

Un cuarto de hora más tarde el capitán Raffadali se retiraba á la cámara de popa con su hijo.

A bordo volvía á reinar el orden de siempre, como si nada hubiera sucedido.

— ¡Bravo, mi Enrique — exclamaba el capitán en su cámara, abrazando á su hijo — ¡eres un héroe de doce años!

— Y ahora, padre mío — preguntó el muchacho — ¿qué harás de esos cinco prisioneros?

— El primer rayo del sol de mañana alumbrará cinco piratas colgados de una antena — respondió siniestramente el capitán.

— ¡Padre mío! — exclamó el muchacho abrazando á su padre — ¿y si yo te pidiera su vida y su libertad?

— No podría concedértelas; han pretendido asesinarme.

— ¿Y si alguno de ellos hubiera salvado la vida á tu Enrique?

— Lo salvaría.

— ¡Bien! — dijo el niño arrojándose al cuello de su padre.

Allí le habló al oído largo rato; contóle cómo el contraмаestre, el cabecilla de los bandidos, había dado orden de que á él no lo mataran, por recuerdo de su hijo; mostróle cómo si salvaba al cabecilla no podía condenar á sus cómplices; hablóle en fin cuanto podía hablarle con el corazón en la mano; y cuando vió que una lágrima silenciosa se deslizaba por las bronceadas mejillas de su padre, preguntóle de nuevo.

— Y ahora ¿qué harás de ellos?

— Ahora, por tí, mi Enrique, sólo por tí,

les perdonaré la vida, y en la primera tierra que veamos desembarcaré á esos piratas.

.....

Dos días más tarde, después de haber dejado en Malta á Volpi con sus cuatro secuaces entraba airosamente el bergantín-goleta en el hermoso puerto de Catania.



EL BANDIDO CORSO



IV

EL BANDIDO CORSO

El sol apenas se levantaba, dorando con sus rayos, débiles aún, las ásperas crestas de las montañas corsas.

Un hombre descendía la pendiente escarpada de una de ellas.

Con el fusil á bandolera y vestido con un traje pintoresco, casi salvaje, presentaba todo el aspecto de un bandido. Un sombrero de anchas alas sombreaba su rostro curtido por la intemperie, de facciones toscas y marcadas, cubierto por una barba negra que le llegaba al pecho.

Era Ceppo, el bandido corso.

Hacía diez años que no aspiraba el aire de sus montañas, y al hacerlo ahora dilataba su ancho pecho, como si quisiera saturarse de él.

Una noche cansado de batirse con los carabineros, herido, agotadas sus fuerzas, había llamado á la puerta de una choza.

Su nombre rodeado de la aureola terrorífica de sus hazañas, era repetido en los últimos rincones de las montañas, y al pronunciarlo para pedir hospitalidad, todos retrocedieron.

— Me persiguen — murmuró con voz ronca, suplicante — estoy herido, no puedo más, dadme asilo por esta noche y al amanecer habré partido.

Un hombre salió del fondo de la choza.

— Adelante amigo — díjole — estás en casa de Paolo Gasparonni.

Ceppo penetró en la pequeña habitación; diéronle un pedazo de pan negro y una raja de queso de cabra. El bandido extenuado de hambre y de fatiga comió, y cuando hubo concluido los rústicos manjares, tendióse en un rincón, cubriéndose con algunos haces

de paja para ocultarse mejor de los carabineros, si le buscaban aún.

Rendido de cansancio no tardó en dormirse profundamente.

Paolo Gasparonni que lo observaba dijo en voz baja á su mujer:

— Dos mil francos ofrece el gobierno al que entregue á Ceppo; dos mil francos ¡una verdadera fortuna!

La mujer comprendió: Paolo había dado albergue al bandido con el intento de hacerle traición, deslumbrado por el premio.

Gasparonni descolgó su vieja escopeta; tomó el sombrero y salió de la choza para ir en busca de los carabineros.

Muy cerca de amanecer, Ceppo, casi del todo repuesto despertóse; se preparaba á salir de su escondrijo, cuando oyó ruido de espadas y la voz de Paolo que decía:

— Ahí está, pueden prenderle — y con el pié removía los haces de paja que ocultaban al bandido.

Este de un salto se incorporó: estaba rodeado de carabineros. Un instante bastóle para comprenderlo todo: Gasparonni le había hecho traición ¡él se vengaría de

Gasparonni! y el bandido abrasaba con su mirada penetrante el rostro de Paolo como para grabar sus facciones en la memoria.

No opuso resistencia, no dijo una palabra; dejóse maniatar por los soldados, y fué conducido á la ciudad donde lo encerraron en una prisión.

Allí esperó diez años; diez años en que ni un solo segundo olvidó la imagen impresa en su memoria; diez años en que minuto á minuto fué meditando su venganza, la venganza terrible del bandido corso engañado por un traidor.

Por fin su pecho respiró el aire de las montañas; sus miradas se dilataron abarcando el horizonte de su patria; sus miembros entumecidos recobraron su elasticidad; volvió á ensayar su puntería en los ciervos de los montes: su mano estaba firme como antes; la hora de la venganza había llegado.

Ceppo lanzó un rugido de alegría salvaje que devolvieron los ecos de las montañas. Embriagado en los recuerdos de otros tiempos; sediento de sangre y de venganza, descendía la rápida ladera de un monte. Iba en

busca de la cabaña de Gasparonni; iba en busca del traidor que por dos mil francos le había vendido, cuando él, hambriento, desarmado se entregaba confiado en su nobleza.

El bandido corso volvía á ser él mismo de antes; el fusil le quemaba: quería llegar, quería beber la sangre del traidor, y corría saltando por sobre las rocas con la agilidad de un ciervo.

Un tanto fatigado por su carrera, detúvose al borde de un torrente que se despeñaba de lo alto de un monte.

El bandido sintió hambre y sed; sacó provisiones de su morral, queso de cabra y pan, y recostado en el tronco de un pino empezó su festín.

De repente oyó un grito desgarrador; Ceppo se incorporó.

En el fondo del abismo donde las aguas del torrente, quebrándose en las rocas, hervían deshechas en espumas, un ser humano batallaba con la muerte. Los encontrados remolinos amenazaban destrozarle contra las agudas aristas de las rocas.

Ceppo no sabía nadar, pero su corazón

valiente y generoso no vaciló un instante.

Arrojó su fusil, y agarrándose á los arbustos que crecían entre las piedras, fué descendiendo por la granítica muralla.

Un minuto después Ceppo se hundía en las turbulentas aguas del torrente.

Pronto su cabeza apareció en la superficie, y su mirada buscó en torno al desgraciado por quien se arriesgaba.

Allí, á dos brazas de él, estaba debatiéndose con la muerte; Ceppo se lanzó hacia él y cogióle de un brazo; era un muchacho.

Las aguas los rodeaban, los envolvían, y juguetes de ellas, ya subían á la superficie como se precipitaban al fondo; ya giraban vertiginosamente, ó escapados como la piedra arrojada por la honda, se estrellaban contra las rocas de la orilla.

Ceppo impávido, heróico, se debatía furiosamente; con un brazo sostenía al muchacho medio ahogado ya, y con el otro procuraba nadar hacia la orilla. Le parecía que la iba á alcanzar, ya se asía de las rocas, cuando la corriente lo arrancaba de allí arrojándolo al vórtice del abismo.

Magullado, ensangrentado, sin fuerzas,

apenas podía sostenerse en la superficie y sostener el inanimado cuerpo del muchacho; en breve el abismo sería la tumba de dos cadáveres; pero el agua que le combatía vino en su ayuda arrojándole á la orilla, donde pudo asirse de un arbusto; y, valiéndose de todas sus fuerzas subiése sobre la punta saliente de una roca.

Cuando hubo descansado lo suficiente, ganó poco á poco el borde del abismo, y depositó en la húmeda hierba el exánime cuerpo del muchacho.

Al fijar en su rostro sus miradas, el bandido sintió la impresión de una chispa eléctrica: sobre sus juveniles facciones estaban impresas las de Paolo Gasparonni.

Por un instante vaciló, pero venciendo en su alma el impulso generoso que le había animado á salvarle, inclinóse hacia él, y prodigándole sus cuidados le hizo volver en sí.

— Gracias — murmuró el muchacho cuando abrió sus ojos y comprendió lo que había pasado — gracias.

Ceppo viéndole en estado de contestar á sus preguntas

— ¿Qué hacías? — díjole — ¿cómo caíste al torrente?

— Iba á la ciudad á buscar provisiones y al pasar por el borde me despeñé.

— ¿Vive tu padre?

-- Sí, vive.

— ¿Cómo se llama? — preguntó con voz que se escapaba de sus labios como un silbo ¡adivinaba la repuesta!

— Paolo Gasparonni — respondió el muchacho.

Ceppo sintió que le faltaba aire; un velo de sangre se extendía ante sus ojos; lo había sospechado y no lo creía.

La vista del muchacho trájole el recuerdo de su hijo; diez años había pasado sin verlo ¿qué era de él? lo ignoraba; tal vez andaría lejos, muy lejos; quizás habría muerto... y todo por culpa de Gasparonni cuyo hijo acababa de salvar.

La sangre vengativa del bandido corso hervía en sus venas.

En el fondo de su corazón oía la voz de su hijo abandonado que pedía venganza. A su lado se abría un abismo; podía saciar su sed de muerte en el hijo de Gasparonni, en

la sangre de su sangre. El bandido se estremecía. su respiración era anhelante, se sofocaba.

La voz del muchacho le despertó de su desvarío.

— Quién es usted? — le preguntaba con cariño.

— Yo — respondió Ceppo con voz ronca — soy... un corso como tú.

El muchacho sonrió; su sonrisa dulce no era la sonrisa maligna del traidor que le vendiera; el corazón del bandido fué débil y enternecido abrazóle como hubiera abrazado á su hijo.

— Y ahora ¿á dónde irás? — preguntóle con voz cariñosa.

— ¡Dios santo! — murmuró el muchacho como si despertara de un sueño — iba á buscar provisiones, pero ¿cómo traerlas si he perdido el dinero? ¿y cómo volveré á casa sin ellas? -- y sus ojos suplicantes se volvían hacia Ceppo.

— Vamos, no llores — murmuró éste, poniendo en manos del muchacho una moneda de plata ¡toda su fortuna!

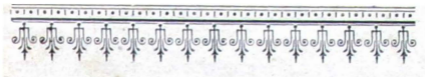
Y el bandido besándolo en la frente como

hubiera besado á su hijo, cogió su fusil, y saltando como un ciervo desapareció entre los árboles del bosque.

Desde aquel día nunca se volvió á oír en las montañas el nombre de Ceppo, el bandido corso.



EL CAPITÁN ARREGUI



V

EL CAPITÁN ARREGUI

Á RAÚL VILLARROEL

I

El ejército realista, á las órdenes de La Serna, ácampaba en Santiago de Cotagaita.

La noche fría y tempestuosa había hecho buscar á los soldados un albergue hospitalario donde pasarla; sólo algún centinela quedaba en el campo y su voz de alerta iba de cuando en cuando á mezclarse con los gemidos del viento y el rumor de la ciudad aún no dormida.

En una casa de no mezquina apariencia, á través de las mal juntadas maderas de las ventanas, veíanse brillar las luces del

interior, y un murmullo de voces que se mezclaban con alegres carcajadas, hacían ver que aquella casa era á tal hora asilo de algunos tumultuosos militares.

Y en efecto: en ella habían hallado alojamiento cinco ó seis oficiales de La Serna. Allí estaban junto con Marquiegui, Olañeta y algún otro, los capitanes de los cuerpos recién llegados de la Península.

Se hablaba hasta por los codos; se fumaba lo suficiente para saturar la atmósfera, rodeando de azulado humo las cabezas de los circunstantes, y de vez en cuando se oía el ruido seco de los dados al rodar sobre la mesa que sostenía las dos velas de sebo, cuya inquieta y pálida luz luchaba apenas con las sombras de la estancia.

Los recién llegados, jóvenes algunos, valientes todos y henchidos de vanidad un tanto pedantesca, hablaban de la próxima campaña, juzgando fácil y seguro el triunfo sobre los intrépidos gauchos de Güemes, única barrera que les cerraba el paso para llegar á medir sus armas con el vencedor de Tucumán.

Para ellos los heróicos defensores de la

frontera argentina no eran dignos de combatir con los bravos militares, que, no hacía mucho, sembraran de franceses trofeos los campos de Vitoria y San Marcial.

— ¿Qué facha tienen esos salvajes? — preguntaba desdeñosamente el capitán Arregui, jefe de los Dragones de la Unión.

— La facha de unos centauros, tal se sientan sobre el lomo de sus potros tan salvajes como ellos — respondió el capitán Narvaja que había peleado con los gauchos.

— ¿Centaurós? — ¿para huir? — insistió Arregui burlonamente.

— ¡Para cargar! — respondió Narvaja mostrando con orgullo la ancha herida que le dejara sobre la frente el rebote del lanzazo de uno de aquellos gauchos.

Alguien preguntó la hora. El capitán Arregui sacó un soberbio reloj de oro esmaltado de brillantes, y consultándolo respondió:

— Las ocho y media.

— ¡Hermoso reloj! — dijeron á su lado.

— Regalo de un tío, que Dios tenga en su gloria.

Guardó el reloj, recostóse sobre el espal-

dar de la silla, y midiendo con la vista á Narvaja, díjole con burlona sonrisa:

--Pues, señor capitán Narvaja, si á V. le han parecido tan bravos esos salvajes, es porque V. no ha mandado nunca los Dragones de la Unión.

— Señor capitán Arregui, — respondió ofendido Narvaja — no he mandado nunca sus Dragones, pero he llevado al combate tropas, si no mejores, tan buenas como esas, y, sin embargo, esos gauchos salvajes que V. desprecia, han arrollado en el ímpetu de sus cargas los mejores escuadrones realistas. ¡Esos salvajes señor capitán, son unos héroes!

El capitán Narvaja era americano. Sus palabras salían de su corazón: había peleado con los gauchos de Güemes, y los juzgaba dignos contendientes de las mejores tropas del Rey.

— Pues le digo á V., señor capitán, que con mis Dragones...

— Pues yo le digo á V. que delante de los gauchos huirán V. y sus Dragones — respondió encolerizado el capitán Narvaja.

Una llamarada de ira ardió en el rostro :

de Arregui. Iba á responder brutalmente, cuando uno de los oficiales presentes poniéndole la mano sobre el hombro le dijo:

— ¡Una apuesta capitán!

Arregui se volvió.

— ¿Una apuesta dice V.? ¿sobre qué?

— Sobre si V. es ó no capaz de lanzarse sin temblar, al frente de sus Dragones, contra unos pocos de esos gauchos.

— ¿Yo con mis Dragones contra unos pocos? ¡Bah! Le aseguro que con mi compañía me atrevo á llegar, no á Salta, á Buenos Aires, pasando por el corazón del ejército de Belgrano.

— ¡Es demasiado! — exclamó el oficial — me contento con apostar cinco onzas de oro á que V. vuelve bridas en viendo asomar á los gauchos.

— Pues apuesto, mi amigo, á que con sólo la Guardia de Prevención de mis Dragones haré frente á un número diez veces mayor de esos salvajes, y, ó volveremos triunfantes, ó quedaremos en el campo de batalla.

— ¡Espléndido! — exclamó el de la apuesta — ¡van mis cinco peluconas, capitán Arregui, contra otras tantas!

En aquellos tiempos las peluconas no abundaban, y nada de extraño fué que el capitán respondiera:

— No las tengo.

— Pues van contra su reloj.

— Mi reloj vale diez onzas de oro bien contadas.

El capitán Narvaja se levantó, y fué á registrar el fondo de su maleta.

Cuando volvió, arrojó sobre la mesa un cartucho de onzas.

— Ahí van las que faltan, capitán Arregui — dijo — ¿acepta usted?

— ¡Acepto! — exclamó el brioso militar.

— ¿Las condiciones?

— Ya están dichas: yo, con sólo la Guardia de Prevención de los Dragones, haré frente á doscientos gauchos, si lo hay, y volveremos triunfantes ó quedaremos en el campo.

— ¡Muy bien, capitán! — exclamó Narvaja, entusiasmado á su pesar — ¡es usted un valiente! — dijo estrechándole la mano.

— ¡Muy bien! — gritaron todos — ¡son unos valientes él y sus Dragones!

¡Los soldados de la Guardia de Prevención de los Dragones eran quince!

II

El seis de Enero de 1817, el general don Pedro Antonio Olañeta, había enarbolado la insignia real sobre los muros de Jujuy. Entre sus soldados se encontraban los Dragones de la Unión.

Don José María Pérez de Urquina, comandante de vanguardia del general Güemes, estrechaba á los realistas de la plaza con sus heróicas tropas.

Diariamente necesitaban los españoles comprar con su sangre los víveres, de que la estrechez del sitio les privaba.

Con el objeto de proveerse de los necesarios forrajes para las cabalgaduras, Olañeta desprendió un escuadrón de caballería, protegido por una compañía del batallón Extremadura, hacia los alfalfares de San Pedrito.

Temerosos de una sorpresa, mientras una parte de los soldados forrajeaba, el resto, apercebido á la defensa, protegía la operación.

Los patriotas que acechaban los movimientos del campo realista, se aprestaron al ataque de la pequeña columna forrajeadora.

El comandante Juan Antonio Rojas, al frente de dos de aquellos formidables escuadrones de gauchos, se arrojó á la carga contra los realistas. Apercebidos éstos, recibieron, á los atacantes con un mortífero fuego; pero las balas eran barreras harto débiles para contener el empuje irresistible de los heroicos gauchos salteños, y los realistas, arrojando por inútiles los fusiles, hubieron de apelar á las espadas, trabándose uno de aqueilos formidables combates, en que los lazos y las boleadoras tenían tanta parte como las lanzas y los fusiles.

Una vez más el denodado esfuerzo de los gauchos triunfó de los aguerridos soldados realistas, y cien cadáveres quedaron en el campo.

Los españoles de la plaza presenciaban asombrados aquel singular combate, espectáculo nuevo para la mayor parte de ellos.

El capitán Arregui contemplaba atónito esa banda de gauchos indisciplinados que

triunfaba de sus compañeros, y con pavor recordaba la apuesta que hiciera algunos meses antes con el capitán Narvaja.

El general Olañeta aturdido momentáneamente, miraba sin comprender la escena que tenía á la vista. Pero era necesario volar en auxilio de los que aún quedaban.

— ¡Capitán Arregui! — llamó con voz ronca.

— Presente general — respondió el interpelado, cuadrándose delante de su jefe,

— Tome usted la Guardia de los Coraceros de la Unión, y corra á destrozár esa columna de bárbaros. Vuelva usted vencedor ó quede en el campo de batalla ¿entiende usted?

El capitán nada respondió; recordaba sus imprudentes palabras de la noche de la apuesta. Algo frío sentía correr por sus venas. Volvió el rostro y se encontró con la mirada burlona del capitán Narvaja.

— No son doscientos — dijole señalando á los gauchos, — pero Dios lo guarde capitán.

Arregui por toda respuesta sonrió, montó á caballo, y al frente de sus quince Dragones, brillantemente uniformados, salió de la plaza.

Comprendía que iba al sacrificio, pero había empeñado su palabra y la cumplía.

Pronto la calma volvió á su espíritu, y sintió arder en sus venas la sangre española.

Con voz breve mandó tocar á degüello, y á toda brida se lanzó sobre la columna de Rojas, que en ese momento recogía los despojos del campo de batalla.

El choque fué terrible. De un lado la táctica y la disciplina; del otro el ímpetu salvaje y el empuje irresistible.

Los quince Dragones de la Unión no se rendían, y siguiendo las huellas de su bravo capitán, hacían prodigios de valor defendiendo la bandera del rey.

Tras largo combatir, las reducidas filas españolas comenzaron á clarear.

Uno por uno aquellos héroes fueron abatidos en el polvo, y cuando todos sucumbieron, la victoria cubrió de nuevo las armas patriotas.

El capitán Arregui había ganado la apuesta pero quedaba en el campo de batalla



EL TIGRE DE BENGALA



VI

EL TIGRE DE BENGALA

I

En su tarjeta se leía: José de Valladares, vizconde de Torretranca.

Era sin disputa un chico de moda: audaz, elegante, rico, aunque tenía un *pero*: era romántico, pero romántico á su modo.

Su imaginación acalorada con la lectura de todas las novelas en boga, le había transformado en un don Quijote de botín de charol y americana corta.

El pobre Pepito á fuerza de volver y revolver en su débil cabeza las aventuras de los héroes de sus novelas, se había

exaltado á tal punto, que se creyó llamado á ser uno de ellos.

Antes de pasar adelante, debe notarse una particularidad del vizconde: por uno de esos raros contrastes, que, aunque raros se ven con frecuencia, á Pepito, que jamás se decidía á nada le gustaba emplear el adverbio *decididamente*, y hacía uso y abuso de él.

— Decididamente — pensaba el chico, mientras, recostado en un sofá saboreaba con delicia un puro, — yo me muero, y me muero, y no hay que hacerle; me ha picado el bicho que los ingleses llaman *spleen*.

Y si se mira bien, decididamente tengo razón en morirme. Yo, un joven de alma ardiente, de imaginación fantástica, de colosales ambiciones, yo, el vizconde de Torre Franca, sobrino del marqués de Sotomayor, nieto del duque de Campoverde, biznieto de ... don Juan de Austria (según creo) vegetando como un cualquiera ... No, decididamente me muero — murmuró entre dos bocanadas de humo — me ahogo en este Madrid, que no es para mí más que una cárcel; en esta España, demasiado chica para

mis ambiciones; en esta Europa, demasiado ruin para comprenderme; en este... en fin, yo necesito aire, luz, espacio; necesito salir de lo común; necesito calmar esta sed de aventuras...

Por otra parte, el mundo ya no es más que un colosal mercado; pasaron ya los tiempos en que los caballeros andantes rompían lanzas por su Dios, su rey y su dama: en nuestros días todo es prosa, interés, ruindad.

Decididamente yo me muero... mas no quiero morir—exclamó sollozando el atribulado chico, y quedó pensativo un rato.

De repente dió un bote.

—Eureka! enreka!—gritó alborozado—decididamente lo hallé, lo hallé: me iré al Asia, á la India, á Bengala; cazaré tigres en sus bosques, amansaré leones, domaré elefantes. Decididamente me voy y me voy.—Y diciendo esto saltó como una bomba, dió un puntapié á una silla que le cerraba el paso, é iba á salir, cuando entró un joven elegantemente vestido, que le detuvo.

Pepito se echó atrás, y quedó en silencio.

El recién llegado abarcó de una mirada

el cuadro que tenía al frente y comprendió que pasaba algo anormal.

— ¡Diablo! Pepe ¿qué pasa?—preguntó.

El interpelado no respondió.

— Vamos: ésta es otra de las tuyas ¿eh? porque te veo radiante, lo que te acontece rara vez, y veo allí una silla patas arriba, inequívoco signo de tu felicidad.

— No te engañas, Carlos, soy feliz: lo hallé, decididamente, lo hallé—respondió Pepito arrastrando á su amigo al sofá como para hacerle una confidencia.

— Vamos, Pepe, ¿qué has hallado?

— Lo hallé, lo hallé, decididamente.

— Pero ¡con mil diablos! ¿qué es eso?

— La felicidad de mi vida, Carlos querido; estaba hastiado de ella, pero de hoy más mi existencia sin objeto tendrá su fin.

Carlos dió un bote.

— ¿Cómo? ¿te matarás?

— No me mataré, no, porque la vida me sonríe, la gloria me llama, la celebridad, la fortuna, la dicha me buscan.

— ¿Te casarás entonces?

— No me casaré.

— Si no te explicas...

— Pero... ¿no has entendido?

— No.

Pepito miró á su amigo por encima del hombro, como admirado de que hubiera personas de tan corto entendimiento.

— ¿No has entendido? — repitió.

— No: dices que la gloria, la fortuna, la dicha y no sé qué otras cosas, te llaman.

— Sí, me llaman.

— Bueno, vé, pero explícate antes.

— Sí, iré, decididamente iré, ó mejor dicho me voy — y diciendo esto el entusiasmado chico se levantó para salir.

— Pero ¿á dónde? — preguntó Carlos deteniéndole por la manga.

— En busca de la gloria, de la fortuna, de la dicha...

— ¿Y dónde están esas señoras?

— En el Asia, en la India, en Bengala.

Su amigo le miró con el rabillo del ojo, y, no pudiendo contenerse, soltó una soberbia carcajada.

— ¿Te burlas? — preguntó Pepito sulfurado.

— Me río.

— ¿Te ríes?

— ¿Y qué vas á hacer á Bengala? — interrumpió Carlos.

— Voy á cazar tigres.

Una segunda edición aumentada de la primera carcajada, salió de los labios de Carlos, haciendo retemblar la habitación.

Pepito no pudo contenerse, y cogiendo del brazo á su amigo, estrujóselo, y mirándole de hito en hito, descerrajóle á quemarropa el siguiente discurso:

— Ha pasado ya la época en que los caballeros andantes mostraban su valor cazando hombres. En estos ruines tiempos no le es permitido á uno ejercer tan noble oficio, so pena de ser agarrotado ó de llevar, como recuerdo, un grillete al pié, ó cuando menos, de ser tenido por loco, y como tal encerrado en un manicomio.

Hoy los que sienten palpar en su pecho un corazón valiente, han de ocultar sus latidos.

Yo siento en mí esa sed de aventuras de los antiguos paladines; siento un deseo infinito de saborear el peligro: quiero calmar este anhelo: me voy, decididamente, me voy á Bengala, y en sus bosques hallaré la

muerte ó la gloria, y volveré orgulloso con las pieles de los tigres que cace.

Carlos, que había escuchado atento el discurso, mordiéndose los labios para no reirse, preguntó con frialdad.

— ¿Y los cazarás con flechas ?

— Nó — respondió con sequedad el valeroso Pepe.

— ¿Por ventura con trampas?

— Nó — dijo acentuando el adverbio.

— ¿Con estriknina acaso? — insistió su amigo.

— Nó, ¡mil diablos!

— ¿Con qué, pues? ¡truenos y relámpagos! — exclamó Carlos montando en finjida cólera.

— ¡Con Winchester! — respondió triunfalmente el cazador en ciernes.

Una tercera edición de la carcajada, aumentada escandalosamente, estalló en los labios de Carlos.

— ¿Tú, con Winchester? ¿olvidas, acaso, que no eres capaz de meterle una bala á un borrego á dos palmos de tus narices? — y volvió a reir estrepitosamente.

Pepito cayóse del cielo: su amigo decía

la verdad; en su vida había manejado un arma de fuego. Por un momento estuvo en silencio, mientras Carlos mascaba, con aire malicioso, la punta de un habano.

— Pues bien, aprenderé — dijo por fin Pepito, no queriendo renunciar á su proyecto — aprenderé, y aunque se hunda el mundo cazaré tigres en los bosques de Bengala.

II

Pepito Valladares, vizconde de Torre-franca, ha logrado su más ardiente deseo: está en Bengala.

¿Cómo ha sido ello? No lo sabe á punto fijo. Recuerda que vino en un buque ó en un globo, que de esto no está seguro, pero lo cierto es que se halla en Bengala, decididamente — según dice — en medio de un bosque vírgen, donde corpulentos arboles entrelazan sus copas formando inmenso pabellón impenetrable á los rayos del sol; donde mil lianas caprichosas descienden,

como retorcidas serpientes, de los gruesos troncos, formando sobre el suelo tupida malla, que oculta venenosos reptiles; donde pululan miríadas de pájaros de los colores más brillantes, cuyos armoniosos trinos alternan con los cansados zumbidos de mil insectos más ó menos temibles; donde bandas de monos y ardillas juegan sobre las copas de los árboles; donde la tímida gacela y el antílope corpulento, aparecen recelosos en los claros del bosque; donde...— y Pepito se detiene un instante, y añade quedo, muy quedo, como si temiera escucharse á sí propio: — donde la vibrante voz del león despierta los dormidos ecos; donde el áspero rugido del tigre....

Pepito no prosiguió: acababa de oír algo que transformó en hielo la sangre de sus venas, poniéndole la piel cual si fuera de gallina.

— ¡Un tigre...! — murmuró estremeciéndose y próximo á llorar.

El terror le había petrificado en su sitio: con el Winchester á bandolera, las manos extendidas hacia la parte donde oyera el rugido, los ojos fijos en ella, parecía, si no

una estatua de Diana cazadora, un dios Término á la moderna, que parecía decir al peligro: *Non plus ultra*.

Un nuevo ruido sacó al helado chico de su inmovilidad, y predominando el instinto de conservación, miró en torno para ver si hallaba algún refugio, y ¡oh felicidad! en el tronco de un enorme baobab había una cavidad donde podía ocultarse perfectamente.

Sin pensar que aquel hueco podía ser guarida de algún reptil peligroso, el valiente cazador metióse en él agazapándose cuidadosamente, y libre de todo peligro, dió rienda suelta á sus pensamientos.

— Brrr...! — hacía Pepito tiritando aún de miedo — decididamente la cosa tiene pelos... ¡cuán mal he hecho en venirme solo! ¡en qué peligro me he metido! y ahora ¿qué voy á hacer para salir de este atolladero? ¡maldita India! ¡maldita Bengala! ¡malditos tigres! porque tigre, y no otra cosa, es, decididamente, lo que he oído rugir — y el corazón, que más que de carne parecía de engrudo, se le estrujaba al pobre chico — ¡Brrr...! — prosiguió dando diente con diente — ¡cuánto mejor no hubiera sido que-

darme en Madrid, en mi casa, y no estar á estas horas, tan lejos de mis amigos y de... mi novia — porque debe saberse que Pepito tenía una novia monísima, hermana de Carlos, á la cual había prometido llevarle la piel del primer tigre que cazara; y recordando esta promesa prosiguió: — ¡Ah! ¿cómo me atrevo á volverme con las manos vacías? ¡Ay, hermosa mía! — exclamó llorando — ¿qué dirás de tu Pepe cuando lo veas llegar á tus piés derrotado y confuso! Pero tú no dirás nada; yo iré vencedor ó moriré; iré ó con el tigre ó sobre el tigre — dijo parodiando la espartana frase; — alguien ha dicho: «*audaces fortuna juvat*», y yo seré audaz y valiente, y la fortuna me ayudará: ya lo dice Moratín.

Siempre fué de los valientes
La fortuna compañera,
Y el cobarde que la teme
Siempre la ha tenido adversa.

— Sí, sí, iré con el tigre ó quedaré sobre el tigre — exclamó Pepito, sin pensar que también podía quedar bajo el tigre, que era lo que más probabilidades presentaba, y al

decir esto apoyóse en el suelo para salir de su refugio. . . . Un grito de horror lanzó el chico: había sentido moverse bajo su mano algo helado y flexible, que le hizo erizar los pelos y mirar en esa dirección. Un sapo, un horrible sapo era lo que oprimía con su mano, y el asqueroso animal le miraba con sus ojos redondos y estúpidos, como implorando compasión.

Escandalizado el chico dió un salto y salió de la cueva.

Pero no había andado aún tres pasos hacia afuera, cuando un salvaje rugido le hizo estremecer.

— ¡Dios mío! — exclamó el atribulado Pepe — ¿qué hacer?

La cueva le mostraba un seguro refugio, pero le horripilaba la sola idea de compartir su morada con un sapo ¡si fuera una rana!

Dudoso estaba de lo que debía hacer, cuando movidas por el viento, azotáronle el rostro las ramas de un baobab de no muy grande altura.

— Decididamente me he salvado, — pensó el cazador de tigres — trepando por el

tronco, mientras los rugidos de la fiera se oían cada vez más cercanos.

Bien pronto Pepito, aguijoneado por el miedo, hallóse en lo alto; pero temeroso de que el tigre pudiera saltar hasta él, subió cuanto pudo, poniéndose á horcajadas sobre una flexible rama que se doblaba á su peso; esto hacía sumamente difícil la empresa; ya no podía retroceder pues había de ejecutar una serie de movimientos que forzosamente le hubieran puesto en relaciones con el suelo. Además ya no era tiempo: abriéronse los matorrales dando paso á un animal que de un salto se plantó al pié del baobab.

Era un tigre, un magnífico tigre de Bengala, de manchada y lustrosa piel, que seguía los movimientos rápidos de su elástico cuerpo, de poderosas garras, de sangrientas fauces y ojos llameantes.

El animal ciego de furor azotaba sus costados con la flexible cola.

Pepito pensó morir de espanto al ver bajo su cabeza á la elegante fiera, que rugía sordamente, y aspiraba el aire como si husmeara la presencia de un sér humano.

Pepe no se engañaba: el tigre había encontrado su rastro y lo seguía.

En ese momento hubiera dado cualquier cosa por no hallarse suspendido de una débil rama, que al peso de su cuerpo se mecía como una caña, ya elevándole, ya descendiendo tan bajo, que la fiera le hubiese fácilmente alcanzado de un salto.

El tigre desorientado al principio, no tardó en divisar la rama que se mecía, y en lo alto al pobre Pepito. El animal dió un rugido de satisfacción, y con graciosos brincos empezó á tentar sus fuerzas para alcanzar la presa. Esta veía con angustia que su adversario, á cada ensayo saltaba más alto, y no le sería difícil cogerle al descender la rama.

Es probable que Pepito si lo hubiera sabido, habría dicho con la gallina del cuento:

Si de esta escapo y no muero,
Nunca más bodas al cielo.

Ya no pensaba en su novia, si no era para dedicarla un postrer recuerdo; su promesa.... ¡bah! á no haber sido tan tonto,

hubiera comprado una piel de tigre á los cazadores de oficio, y llevádosela como le una fiera matada por él.

Y mientras pensaba en esto, el tigre daba saltos y más saltos, llegando en uno de ellos á rozar el pantalón del suspendido chico.

Un escalofrío de horror corrióle por todo el cuerpo, pero al mismo tiempo le cruzó por la mente un pensamiento sublime; tenía su Winchester á la espalda ¿por qué, pues, no probar fortuna disparándole un tiro á su terrible adversario? Es verdad que la empresa no era fácil, pues tenía que apuntar, y en la posición en que estaba, la cosa no era de las más corrientes, pues se exponía á perder el equilibrio; pero en honor de su pellejo bien podía hacer la prueba.

Después de infinitas precauciones logró desprender la correa que sujetaba el arma á la espalda.

Colocóse lo más cómodo que le fué posible y apuntó á la fiera, que brincaba de lo lindo.

Pepito no tenía pretensiones de gran tirador, y menos en las circunstancias en que

se hallaba, cabalgando en una rama, que ya lo elevaba, como lo hacía descender. Pero no había que perder tiempo: los instantes apremiaban.

El chico corrigió su puntería, y... ¡pum! largó el tiro...

Un grito de horror lanzó Pepito: el retroceso del arma le había hecho perder el equilibrio, y se vió precipitado de lo alto sobre el tigre, que no había sido tocado por la bala.

Pepito apenas tuvo tiempo de darse cuenta del suceso, cuando se encontró á caballo sobre la fiera, que de un salto revolvióse lanzando á su jinete.

No se había éste levantado aún, y ya las zarpas del animal le desgarraban la espalda.

Un dolor agudo que sintió en su costado le hizo lanzar un grito:

— ¡Socorro! ¡Socorro!...

III

— ¿Qué hay, Pepito? — exclamó la marquesa de Sotohermoso — ¿qué tienes?

Pepe abrió los ojos y quedó estupefacto.

— ¡Es posible! — dijo — ¿dónde estoy?

— ¿En dónde estás? En casa de tu tía, en mi casa — respondió Carlos, que se hallaba presente.

— Pero ¿y el tigre? — preguntó el chico.

— ¿Qué tigre? ¿el del Prado?

— No, el tigre que. . . . — dijo llevándose la mano al costado.

— ¡Calla tonto! — interrumpióle Carlos, diciéndole al oído:—te he dado un pellizco para despertarte; ¿olvidas que debes bailar la primera polka con mi hermana, con tu novia?

Pepito comprendiólo todo, y aunque sintió una viva satisfacción de que no fuera el tigre quien lo lastimara, quedó avergonzado: ¡dormirse en el baile cuando debía bailar con su novia! Con todo, el sueño curóle de sus manías tomándolo por cierto, en lo que no anduvo errado si se ha de creer á Calderón:

Que toda la vida es sueño,
Y los sueños, sueños son.



ÍNDICE

Carta de D. José M. de Pereda.....	V
I — La sombra del indio	3
II — Los dos grumetes	13
III — El hijo del Capitán.....	25
IV — El bandido corso	51
V — El capitán Arregui	63
VI — El tigre de Bengala	75



Este libro se acabó de imprimir el 24 de Mayo de 1903
en los talleres de A. Biffignandi, calle 9 de Julio 22 á 26,
Córdoba.



Est. Gráfico LA ITALIA — Córdoba, 9 de Julio 22 á 26.

PRECIO : 40 CENTAVOS